



## Subjetividades Juveniles: entre el adultocentrismo y el patriarcado

Carolina Poggi<sup>1</sup>; Guadalupe Serra<sup>1</sup> y Rafael Carreras.

---

**RESUMEN.** El presente artículo es producto del trabajo realizado en la Sistematización de la Práctica Pre-Profesional realizada en el Barrio Mirador de las Sierras, de la Ciudad de Córdoba. El mismo propone aportar a las teorizaciones sobre adultocentrismo y patriarcado, a partir de comprender los determinantes de género y generacionales en un grupo mixto de jóvenes de entre 15 y 20 años. Se indagó acerca de la incidencia de los valores culturales, en relación al género y a la generación, en la dinámica del “espacio de encuentros” entre el equipo y el grupo de jóvenes. Una de las conclusiones a las que se arribó refiere a que los valores promovidos desde la cultura y transmitidos a través del proceso de socialización, definen las posiciones sociales de jóvenes varones y jóvenes mujeres de barrios urbanos-marginales, desde las cuales se instituyen subjetividades signadas por la violencia y el consumo.

*Palabras clave:* jóvenes, pobreza, subjetividad, adultocentrismo y patriarcado.

---

En estos últimos veinte años, en Latinoamérica en general y en Argentina en particular, se han producido grandes transformaciones sociopolíticas y económicas, debidas sobre todo al desplazamiento de la centralidad que poseía el Estado de Bienestar; es ahora el mercado quien determina las lógicas de acción. Todo esto produjo cambios en las políticas sociales y económicas, los cuales generaron desempleo, precarización laboral, exclusión social, aumento de la brecha entre los que más tienen y los que menos tienen, incremento sistemático y continuo de la pobreza, progresiva desaparición de la clase media, etc.

Diferentes autores (Ludueña, 2005; Niremborg, 2006) sostienen que esta situación de desempleo impactó especialmente a los segmentos más jóvenes de los sectores medios y

---

<sup>1</sup>Lic. en Psicología, Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Córdoba E-mail: caropoggi@gmail.com  
Asesor: Lic. Rafael Carreras.

populares (que al mismo tiempo y en general, habían sido expulsados del sistema educativo). Estos y estas jóvenes son los que hoy se encuentran en situaciones desfavorables para procurar su propio desarrollo personal, y al mismo tiempo se ven imposibilitados de contribuir al progreso social en el contexto donde habitaban; por el contrario se encuentran muchas veces en “situaciones de calle” (Niremburg, 2006, p. 29).

Simultáneamente y enmarcado en este contexto socio-histórico, el Estado ya no es garante de los derechos básicos de la población, lleva adelante políticas públicas y sociales que desconocen los deseos y necesidades de los y las jóvenes, lo que provoca que los recursos existentes no confluyan en acciones que contribuyan al desarrollo integral del joven. Al mismo tiempo, cobra fundamental importancia la llamada “*zona de vulnerabilidad social*” (Castel, 1991, p. 40), en tanto se constituye en una posición estratégica, inestable, entre la integración y la exclusión; caracterizada por la incertidumbre de las personas con respecto a sus oportunidades de vida y al alto riesgo de caer en la marginalidad profunda o la desafiliación. Este autor señala que son la precariedad laboral y la fragilidad en los soportes relacionales los ejes que definen la vulnerabilidad social. Se reconoce al empleo como garante del ingreso básico en tanto derecho imprescindible para evitar la pobreza, y como el soporte de inserción social y de sociabilidad; por lo tanto resulta evidente que los cambios acaecidos en el mismo, han alterado profundamente estas posibilidades. Al mismo tiempo, se sostiene desde el imaginario social que es la Escuela, y no el trabajo, el soporte privilegiado de inscripción relacional para niños/as, jóvenes y adolescentes; sin embargo, el sistema educativo no ha logrado integrar a gran parte de la juventud perteneciente a sectores urbano-marginales.

A partir del análisis de la situación general del barrio, y la de los y las jóvenes en particular, se puede concluir que la pobreza es una consecuencia y un requisito del modelo socio-económico vigente. En este sentido Lo Vuolo (1999) define la pobreza como un emergente de las sociedades modernas en sus dificultades para sostener la inserción social de la ciudadanía en su totalidad. Desde esta postura, se reconoce el carácter dinámico y relacional de la pobreza, en tanto la ubica en un contexto histórico y social determinado; y se desresponsabiliza al sujeto de su situación de pobreza.

Las condiciones que caracterizan la situación actual de las y los jóvenes se constituyen en objeto de preocupación para diferentes actores sociales. Tomando los aportes de Duarte (2000) se puede pensar que existen muy variadas formas de mirar la juventud; sin embargo, todas estas formas se relacionan y confluyen en una misma idea que sostiene una única manera de ser joven, invisibilizado/a en el presente y tendiente a ser, en un futuro. Despojan a éstos/as de potencialidades, recursos, limitaciones, deseos, derechos, deberes, en el presente; la juventud es homogeneizada, unificada, y desposeída de sus capacidades.

En la actualidad se está dando un cierto tránsito hacia nuevas formas de pensar, donde van ganando presencia “las juventudes” (Duarte, 2000), esto supone entender a las y los jóvenes como grupos sociales diferenciados, con particularidades y especificidades propias de cada región, de cada sociedad y de cada intersticio de ella. En este sentido, Pichon Riviere (1984) entendía al sujeto producido y productor en una relación dialéctica de mutua determinación entre él y el ambiente. Esto nos lleva a pensar las juventudes como expresiones y significaciones diversas que surgen en una compleja trama social, es decir un grupo social que se expresa de muchas y distintas formas.

Las nuevas corrientes teóricas sobre la juventud proponen superar la noción clásica de la adolescencia; en esta línea de pensamiento Niremberg (2006) retoma, desde el enfoque de los derechos, una definición superadora de la visión puramente transicional y problemática de la adolescencia, identificando a las y los jóvenes como actores no solo de sus propias vidas, sino también protagonistas estratégicos y fundamentales del desarrollo colectivo. En este sentido valora las capacidades de flexibilidad y apertura a los cambios, las cuales les permiten intervenir protagónicamente en su presente, construir democrática y participativamente su calidad de vida y aportar al desarrollo social. Por lo tanto una noción propositiva y contextualizada de la juventud debiera entenderla como un sector de la sociedad que atraviesa y experimenta diversas experiencias de vida, con capacidades y potencialidades, como un grupo que busca permanentemente la innovación y el cambio; lo que nos permitiría reconocer la existencia de múltiples juventudes, y no de una y única forma de ser joven.

A partir de la inserción en Barrio Mirador de las Sierras, se decidió trabajar con jóvenes de entre 15 y 20 años, teniendo como eje la pregunta acerca de la incidencia de los valores culturales, en relación al género y a la generación, en la dinámica del “espacio de encuentros”<sup>2</sup> entre el equipo y el grupo de jóvenes. ¿Cómo se manifestaron los determinantes de género y generacionales en esos espacios? ¿A qué sentimientos y prácticas<sup>3</sup> estaban asociados? ¿Posibilitó la intervención espacios para cuestionar y resignificar estos determinantes culturales? Asimismo, este artículo se propone aportar a las teorizaciones sobre adultocentrismo y patriarcado, contribuyendo a generar nuevas formas de pensar y mirar las juventudes en su heterogeneidad de contextos y en su dinamismo histórico.

*Cuando la cultura se hace cuerpo: ¿repetir modelos o inventar posibilidades?*

Teniendo en cuenta que el eje de sistematización se pregunta por los atravesamientos de la cultura<sup>4</sup> en el encuentro con el grupo de jóvenes, resulta necesario hablar de la subjetividad como categoría de análisis. Al respecto, Guinsberg (1998) sostiene que “la investigación de la subjetividad consiste básicamente en la interrogación de los sentidos, las significaciones y los valores (...) que produce una determinada cultura, su forma de apropiación por los individuos y la orientación que efectúan sobre sus acciones prácticas” (p.8).

En esta línea de investigación, hablamos de “matrices adultocéntricas y patriarcales” para referir a la imagen de un molde de producción de sujetos idénticos. Diversos autores (Duarte, 2000; Criado, 1998; Jelin1998; Niremberg, 2006) coinciden en señalar que las definiciones y valoraciones culturales que conforman estas matrices, proponen modelos de “ser joven mujer” y “ser joven varón” que se caracterizan por jerarquizar las diferencias de

---

<sup>2</sup> Un espacio de encuentro para jóvenes “espacios de posibilidad del establecimiento de múltiples vínculos. Espacios de existencia, de posibilidad de encuentro, de modos de mutualidad, tramitación de conflictos, aprendizaje, complejización e historización de la relación, de transformación y sostenimiento múltiple de la subjetividad.” (Barrault; 2006:2).

<sup>3</sup> Entendemos por prácticas aquellas acciones comportamentales y discursivas de las y los sujetos implicados en la experiencia.

<sup>4</sup> Cultura: “(...) una trama de significados en función de la cual los seres humanos interpretan su existencia y experiencia, así mismo como conducen sus acciones” Geertz (1957).

géneros y generaciones. La edad y el sexo biológico se constituyen así en las categorías a partir de las cuales se asignan roles sociales diferentes para jóvenes y adultos, y para hombres y mujeres; en tanto los varones adultos detentan el poder de definir el mundo, valoran y jerarquizan los roles desempeñados por ellos mismos, al tiempo que desvalorizan los atributos y roles asignados a jóvenes y mujeres. En cuanto a los sucesos históricos que han dado lugar a la construcción de una asimetría entre hombres y mujeres, y entre jóvenes y adultos, Borderías, Carrasco y Alemany (1999) señalan la Revolución Industrial y la consolidación del sistema capitalista como los acontecimientos que posibilitaron ubicar al varón – adulto como elemento clave en el proceso de producción y acumulación del capital, invisibilizando el aporte y la importancia de jóvenes y mujeres en la reproducción social y sostenimiento del sistema.

Así mismo, que dicha asimetría se haya perpetuado a lo largo de los años se vincula con la forma en que estas significaciones culturales son transmitidas por las diferentes agencias de socialización como la familia, la escuela y el grupo de pares. Desde los aportes de Berger y Luckman (1994) y de Cobo Bedia (2000) la **socialización** implica que cada sujeto ha interiorizado las pautas, valores y significaciones necesarias para conocer las expectativas que corresponden a su género y a su generación, además de saber qué tiene que pensar y hacer para satisfacerlas. En oposición a esto, las transformaciones sociales producidas en la actualidad (el ingreso de las mujeres y jóvenes en el mundo del trabajo, la diversificación de los ámbitos educativos producido por el avance de las tecnologías, la sobrevaloración de la cultura juvenil, entre otros), dieron lugar a nuevas formas de ser que ya no se corresponden con los roles y valores promovidos por las matrices adultocéntricas y patriarcales. Estas nuevas condiciones demandan a las agencias de socialización transformarse en sus dinámicas y funciones para dar respuesta o afrontar los cambios sociales generados; al mismo tiempo que la decadencia del Estado producida en los últimos años, no ofrece los recursos necesarios para acompañar dichas transformaciones.

Esta situación demuestra que no es posible centrarse sólo en la reproducción a lo largo de la historia de las asimetrías entre hombres y mujeres, y entre jóvenes y adultos; se hace necesario también reflexionar sobre las condiciones que posibilitan cambios en estas

relaciones y que abren caminos para la transformación social. Diversos autores se han preguntado por los mecanismos psicosociales que operan en la reproducción e innovación social: Bourdieu<sup>5</sup> con su noción de *habitus* ofrece un lugar a las motivaciones y a la capacidad inventiva de los agentes sociales en las prácticas que realizan; Reguillo (2000) conceptualiza las “revanchas de la vida cotidiana” (p. 89) como una franja de indeterminación donde se juega la incorporación de lo novedoso; Fernández y De Brasi (1993) refieren al Imaginario Social en su modalidad *instituyente* como invención de nuevos sentidos que subvierten el poder instituido; y por último Duschatzky y Corea (2001) con el concepto de *invención* como una de las modalidades subjetivantes que permite reflexionar sobre los recursos creativos que se utilizan para afrontar los cambios sociales.

Al tener como norte el objetivo propuesto, cobra especial relevancia el grupo de pares, en tanto espacio privilegiado de las y los jóvenes de sectores urbano – marginales para aprehender los valores y sentidos culturales y significar su experiencia cotidiana. Al respecto, Duschatzky y Corea (2001) sostienen que el sistema de valores construidos al calor de la experiencia entra en conflicto con aquellos propuestos por las matrices tradicionales de socialización; donde tienen lugar la producción de nuevos sentidos, provenientes de una nueva cultura que se define como instituyente, y que se genera en las “revanchas de la vida cotidiana” (Reguillo 2000, p. 89).

### **Analisis de Datos**

Se observó en el transcurso de la práctica que en las familias se reproduce la división sexual y generacional de los roles que corresponden al tipo de familia patriarcal donde los hombres son los encargados de las tareas de producción y las mujeres de las tareas de reproducción de la vida cotidiana; y donde ambos adultos son los responsables de cuidar, educar y transmitir los conocimientos adquiridos en la experiencia, a los miembros más jóvenes de la familia. En la situación de pobreza se complejiza esta dinámica de las relaciones, ya que las mujeres y los jóvenes varones tienen que salir a trabajar para

---

<sup>5</sup> Citado en Bombillani, A. “Importancia del proceso de socialización en psicología social: antecedentes, supuestos y categorías centrales”. En Correa, A. (comp.) (1999)

contribuir con el sostén económico de la familia; y el rol complementario de las jóvenes mujeres es colaborar con las tareas domésticas y atender a otros miembros de la familia (hermanos/as menores, familiares enfermos, etc.). Estos cambios dieron lugar a una redefinición de los roles en el espacio público del trabajo y la participación social; al mismo tiempo que en el espacio privado de lo doméstico, se fortalece la división de roles signada por el patriarcado y el adultocentrismo, y se refuerza desde el ejercicio violento de la autoridad el poder del varón adulto. Por otro lado, si bien los roles de las y los jóvenes también se han modificado, los adultos aún gozan de una importante legitimidad en cuanto a su posición y uso de poder. Es por ello que siguen definiendo los comportamientos “deseables” y “no deseables” para la juventud, según sea varón o mujer, a partir de valores que se transmiten en la socialización y que se interiorizan a modo de mandatos, debido a la fuerte carga emocional que se pone en juego en estos vínculos.

En un intento por ensayar respuestas al eje de sistematización, se puede inferir que la subjetividad de este grupo de jóvenes se estructura en una constante tensión entre lo que les dicen que son (estereotipos), lo que deberían ser (roles prescriptos) y lo que quieren ser (deseos); lo cual algunas veces se manifiesta como conflicto o tensión en las relaciones entre pares, y entre jóvenes y adultos. También se observó que las y los jóvenes manifiestan sentir que en estos vínculos se anula la posibilidad de ser o de comportarse desde el propio deseo; evidente sobre todo en dos ámbitos de la vida cotidiana del grupo: el uso del tiempo libre<sup>6</sup> y las vivencias de sexualidad.

Con respecto al primero, el análisis se centra en las posibilidades o imposibilidades de circular por espacios públicos, y en los valores asociados a estos permisos y prohibiciones de transitar otras zonas de la ciudad, de asistir al baile y de juntarse en “la esquina”; en esta misma línea prestamos especial atención a los sentidos y significaciones asociados a la realización de un viaje propuesto por el grupo. En un intento por señalar los aspectos más significativos de este análisis, se encontraron coincidencias con los planteos de Niremberg (2006) y Jelin (1998) en cuanto a los puntos de tensión entre jóvenes y

---

<sup>6</sup> Momentos que los sujetos destinan al descanso y al esparcimiento, y que no son sentidos como obligaciones o responsabilidades, sino que se realizan desde el propio deseo.

familias (adultos). Los grados de libertad y autonomía para decidir sobre el uso del tiempo libre, y el consumo de bienes y servicios pensados para jóvenes, constituyen una constante fuente de tensión que por lo general desencadena un conflicto entre padres e hijos/as. El común denominador de este conflicto es la sanción (a partir de prohibiciones, desvalorizaciones, etc.), por parte de los adultos, de las actividades de ocio preferidas por las y los jóvenes.

A pesar de ello, no se manifiesta de la misma manera en mujeres y varones; las primeras encuentran recortadas sus posibilidades de salir al baile solas (sin el cuidado de un varón), y de encontrarse en espacios públicos que no se vinculen a prácticas de consumo (salen al Shopping o a visitar familiares, a lo sumo a la casa de una amiga); al mismo tiempo, tales permisos se encuentran condicionados al cumplimiento con las tareas domésticas, con lo que se promueve el quedarse en casa como expectativa de género, fortaleciendo la feminización del espacio privado, y reproduciendo el rol prescripto de madre/ esposa/ ama de casa: *“El papá no la deja tener novio, y por eso no puede salir... yo le digo que le pregunte a él”* (Mujer adulta, visita 08/11). Los varones en cambio cargan con los estereotipos de vagos o drogadictos por juntarse en la esquina, fortalecido por el discurso capitalista que sanciona la falta de productividad de estos momentos, al tiempo que se regocija de sus prácticas consumistas; soportan también el estigma de “pibe chorro” materializado en detenciones policiales al circular por espacios céntricos de la ciudad. Para ambos, las salidas nocturnas están signadas por la violencia de enfrentamientos entre bandas o con la policía, y por estilos de consumo ligados a la estética corporal (vestimenta, peinados, etc.) y a ciertas bebidas alcohólicas o estilos musicales que confieren sentido de pertenencia a un grupo: *“los que van a la Mona son negros... y los que van a Sabroso son chetos... nosotros vamos a Sabroso”* (charla informal 11/9).

En este sentido, la mayor permisividad con que cuentan los varones para salir al baile puede interpretarse en términos de masculinidad, como ejercicio de la autodeterminación (Duarte, 2000); la peligrosidad que caracteriza a estas salidas puede pensarse como desafío que permite la afirmación de sí mismos y de su virilidad, al tiempo que se dimensiona como una forma límite que pone a prueba las propias capacidades

defensivas, y a veces exige desarrollar habilidades que les permitan cuidar de otros/as: “*No me gusta salir con mis hermanas porque es mucha responsabilidad*” (Joven varón, taller 09/11).

Con respecto al viaje se interpreta que se vincula con necesidades culturales y sociales, de expandir las redes que enriquezcan el capital cultural, y que facilite el acercamiento y conocimiento de otras culturas. Se piensa además que el viaje se visualiza como una estrategia para consolidar el grupo a través de la puesta en práctica de nuevos modos de convivencia, de interacción y de organización grupal, posibilitadas por la suspensión de rutinas temporales y espaciales de la vida cotidiana. En esta línea de análisis el viaje es sentido como un espacio de libertad, donde se visualizan posibilidades de evitar el control adulto y donde las responsabilidades cotidianas son puestas en suspenso; lo que se manifestaba en la insistencia, ganas y energía que ponían en la organización de dicha actividad. Pero también acá las matrices hacen notar su presencia, según Rotondi (2005) la violencia y las relaciones de subordinación operan a modo de miedo en el cuerpo y autocensura en las acciones. En este sentido, la organización del viaje siempre estaba cargada de peleas e intolerancia a las diferentes formas de participar, y en diferentes momentos aparecía el miedo de “*arruinar el viaje*” (Taller 2/10).

En cuanto a las vivencias de sexualidad se observa la presencia de discursos contradictorios provenientes de las principales agencias socializadoras. En este sentido Duarte (2006) plantea dos modos dominantes de pensar la sexualidad: por un lado las instituciones tradicionales como la familia, la escuela y la iglesia, resaltan valores de orientación conservadora, asociándola a la reproducción y a la constitución del modelo de familia tradicional (nuclear); y por otro lado, los medios de comunicación de masas influidos por la lógica del mercado proponen vivenciarla como una práctica de consumo, donde el sujeto se convierte en objeto de placer para otros/as.

En relación a los discursos que consideran a la sexualidad como experiencia prohibida y que solo debe tender a la reproducción, se percibe que en los/as jóvenes del barrio repercute en varios sentidos. Se observa que la relación que éstos/as establecen con

su propio cuerpo asume características diferentes, la fuerza física y la resistencia son atributos privilegiados para los varones; al mismo tiempo se desvaloriza en estos la sensibilidad, la expresividad y la ternura, características negativas todas ellas adjudicadas a las mujeres (roles dirigidos a dar y proporcionar placer a otros, denegándose a ellas mismas). “¿Qué le gusta a esta mujer?: cuidar a su bebé” (Joven mujer, taller 23/10).

Al mismo tiempo, dentro de la relación sexual se les adjudica a los varones un rol activo, de conocimiento ligado a la experiencia, con la exposición pública de su sexualidad, que se traducen en exigencias de “ir al frente”. En el caso de las mujeres su rol complementario se vincula con la pasividad, la inocencia por falta de experiencia, la privacidad de su sexualidad; que genera en ellas vergüenza, imposibilidad de tomar decisiones (son otros – adultos y varones – quienes dicen qué deben hacer, sentir y hasta pensar). El juego pregunta “¿cuándo fue la última vez que hiciste el amor?”, las mujeres se pusieron coloradas y no quisieron contestar; los varones “*todos los días*”, “*es mi rutina*”. (Taller 23/10). Desde esta racionalidad de la sexualidad, las vivencias respecto de la misma son pensadas como un aspecto individual y privado, que por lo tanto no necesitan ser compartidas con otros/as. Así, se la caracteriza como tema prohibido y sobre el cual ya hay ciertas verdades inmutables para los sujetos; al tiempo que aquello sobre lo que sí se puede hablar, pensar y hacer, está establecido por las y los adultos.

Aquella forma de vivir la sexualidad genera en los y las jóvenes desconocimiento y desinformación, esta experiencia agravada por la situación de pobreza en la que viven y por la inaccesibilidad a políticas de salud adecuadas, los ubica en una situación de vulnerabilidad que les dificulta el cuidado adecuado de su propia salud. El grupo de pares es vivenciado como el espacio por excelencia para acceder a cierta información, al tiempo que se constituye en el sostén, ayuda y modelo a seguir en las situaciones de afecto, tensión y conflicto.

En tensión con esta mirada acerca de la sexualidad, los medios de comunicación proponen vivenciarla como práctica de consumo; donde la exaltación y culto a una cierta belleza física, que junto con determinados modelos estéticos establecen status sociales (las

negras y las chetas, las divinas y las populares); la cosificación del cuerpo de la mujer y a ratos del hombre; la erotización generalizada de las relaciones que se presentan a diario en sus programaciones; establecen modos de vivir la sexualidad donde el otro/a es reducido a sus genitales y es reconocido como objeto de compra y venta para satisfacer necesidades y obtener placer. *“Hay mucha gente que juzga por la apariencia”* (Taller 09/10).

Tanto la posición conservadora de la sexualidad como la perspectiva que la propone como una práctica de consumo, “niegan aquella dimensión ligada al placer”, la cual ha sido vedada tanto para varones como para mujeres (el termino con el que se refieren a las relaciones sexuales es *“embrollo”*), y en ocasiones producían tensión en las y los jóvenes del grupo que se manifestaba en sus prácticas y discursos. En este conflicto se ponen en juego aquellos mandatos transmitidos por las agencias de socialización; la forma en que los y las jóvenes vivencian su sexualidad a diario; y sus propios deseos. En una representación realizada por los y las jóvenes de una situación de sus vidas cotidianas, cuya consigna era *“Necesito forros y no tengo plata...”*: Es interesante señalar que en un principio a todos les daba vergüenza ser los personajes que necesitaban forros y por esta razón una de nosotras se ofreció a representar este personaje, después de algunos ensayos se animaron y la integrante del equipo pasó a ser una de las amigas a las que se le pedía plata (Taller 09/10).

En relación al Espacio de Encuentro era habilitado y promovido por las familias, siendo en algunas ocasiones el único que posibilitaba salir del barrio y acceder a lugares de los cotidianos. En este sentido, interpretamos que se ponían en juego expectativas de los adultos en relación a la participación juvenil en los problemas del mundo. Los intentos del grupo por responder a estas expectativas muchas veces entraban en contradicción con los propios deseos vinculados al esparcimiento y disfrute de la permisividad y libertad que proporcionaba el Espacio de Encuentro, en tanto eran ellos y ellas quienes decidían sobre las características del mismo. Esta contradicción imposibilitaba la libre circulación de prácticas y discursos durante los talleres, y se manifestaba en los discursos del orden que aparecían ante la “desobediencia” de las normas; interpretamos esto como una reproducción de roles prescriptos que no pudieron ser problematizados en el Espacio de Encuentro. Esta visualización de lo “no dicho” nos obligó a buscar nuevas estrategias,

como las visitas y las charlas informales previas y posteriores a los encuentros del taller, que favorecieron el surgimiento de comportamientos y discursos que no aparecían en otras situaciones, y que no estaban permitidos en el encuentro grupal.

### **Conclusiones**

A partir de las interpretaciones y análisis realizados, se puede concluir que en las definiciones que desde la cultura y el medio social se hacen de los nuevos mundos juveniles, la violencia y el consumo son vistos como sus cualidades inherentes, y el grupo de pares aparece vinculado a estas condiciones, en tanto promueve conductas de rebeldía y oposición que ponen en peligro los valores transmitidos por la escuela y la familia. En contraposición con esto se encontró que los y las jóvenes significan la violencia y el consumo como formas habituales de transitar las relaciones con otros/as y con el mundo. Al mismo tiempo, manifiestan miedos y preocupaciones frente a estas condiciones sociales, que no pueden ser pensadas ni habladas en los espacios tradicionales. En este contexto, el grupo de pares se constituye en el espacio privilegiado para afrontar y tramitar éstas exigencias y contradicciones, adquiriendo características de protección y cuidado, y siendo las experiencias vividas en él, estructurantes de subjetividades y valores que muchas veces entran en conflicto con los modelos propuestos desde la familia y la escuela. Estas últimas ya no ocupan los tradicionales lugares de la modernidad, por el contrario son significadas como ajenas a las necesidades de las y los jóvenes y como impotentes en sus posibilidades de comprenderlos/as.

Para finalizar se puede pensar que la subjetividad de estos/as jóvenes, en tanto apropiación de la cultura y forma de estar en el mundo, se instituye en la contradicción propia del sistema capitalista. Al respecto, la violencia y el consumo se corresponden con cualidades estructurales de este modo de organización social; la violencia se oculta tras relaciones cotidianas que por momentos la precisan para perpetuar la jerarquía, y el consumo se presenta como una práctica que define posiciones dentro del sistema social.

Ante esta situación los modos predominantes de habitar las posiciones de desigualdad y sumisión en las que se encuentran las y los jóvenes, oscilan entre lo que Duschatzky y Corea (2001) llaman “desubjetivación” y “resistencia”; en tanto se manifiestan sentimientos de impotencia e imposibilidad de transformar la situación y se despliegan prácticas ya conocidas que permiten defenderse frente a lo nuevo y desconocido. Las posibilidades de innovación quedaron subsumidas a la enunciación de discursos que daban cuenta de situaciones deseadas, pero que no lograron concretarse en acciones que favorezcan el encuentro “dialógico” entre éstos/as y los adultos. En este sentido, se considera importante destacar la necesidad de generar instancias de encuentro entre jóvenes y adultos; ya que pueden promover la empatía con el lugar del otro, comprender las diferentes posiciones y abrir la posibilidad de inventar nuevas maneras de vincularse; donde se permita el despliegue de la singularidad de cada sujeto, y donde se promueva el desarrollo integral de las y los jóvenes.

### Referencias

- Berger, P. y Luckman, T. (1991). *La construcción social de la Realidad*. Buenos Aires: Amorroutu.
- Borderías, C.; Carraseo, C. y Alemany, C. (Eds.) (1999). *Las mujeres y el trabajo: rupturas conceptuales*. Barcelona: Icaria – Fuhem.
- Castel, R. (1991). *La dinámica de los procesos de marginalización: de la vulnerabilidad a la exclusión en El Espacio Institucional*. Buenos Aires: Lugar.
- Cobo, R. (2002). Género. En: Amorós, C. (dir.). *10 palabras claves sobre Mujer Estella: Verbo Divino*.
- Correa, A. (Comp.) (1999). *Notas para una Psicología Social... como crítica a la vida cotidiana*. Córdoba, Argentina: Editorial Brujas.
- Criado, E. M. (1998). *Producir la Juventud*. Madrid: ITSMO.
- Duarte, K. (2006). *Cuerpo, poder y placer. Disputas en hombres jóvenes de sectores empobrecidos*. *Revista Pasos Segunda Época*. 125.
- Duarte, K. (2001). *¿Juventud o juventudes? Versiones, trampas, pistas y ejes para acercarnos progresivamente a los mundos juveniles*. *Revista Pasos* 9.

- Duschatzky, S. y Corea, C. (2001). *Chicos en Banda: Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. Buenos Aires: Paidós.
- Fernández, A. M. y De Brassi, J. (Comp.). *Tiempo histórico y campo grupal*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Guinsberg, E. (1998). *Acerca de la subjetividad*. (On line) Recuperado el 20 de Septiembre de 2007 de <http://www.topia.com.ar/articulos/acerca-de-la-subjetividad>
- Jara, O. (2004). *Para sistematizar experiencias: una propuesta teórica y práctica*. San Jose: Alforja.
- Jelin, E. (1998). *Pan y afectos. La transformación de las familias*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina S.A.
- Lo Vuolo, R.; Barbeito, A.; Pautáis, L. y Rodríguez, C. (1999). *La pobreza... de la política contra la pobreza*. Buenos Aires: Ciepp Miño y Dávila editores.
- Ludueña, F. (2005). *El largo camino hacia la inclusión*. En: Maiztegui, G. (Comp.) *Procesos de organización, inclusión y participación juvenil*. Córdoba: CECOPAL, SEHAS y Se.A.P.
- Morgan, M. (1996). *Búsquedas teóricas y epistemológicas desde la sistematización*. Lima. En: Sanitbañez, E. y Alvarez, C. (Comp.) *Sistematización y Producción de Conocimiento para la Acción*. Santiago de Chile: CIDE.
- Niremberg, O. (2006). *Participación de adolescentes en proyectos sociales. Aportes conceptuales y pautas para su evaluación*. Buenos Aires: Paidós.
- Palma, D. (1992). *La Sistematización como Estrategia de Conocimiento en la Educación Popular. El estado de la cuestión en América Latina*. Santiago de Chile: CEAAL.
- Pichon Riviere, E. (1984). *Del psicoanálisis a la psicología social*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Reguillo, R. (2000). *La clandestina centralidad de la Vida Cotidiana*. En Lindon, A. (Comp.) *La Vida Cotidiana y su espacio-temporalidad*. Barcelona: Anthropos.
- Rotondi, G. y Ferrer, M. E. (2005). *Reconociendo Derechos, Promoviendo Ciudadanía. Apuntes para promotoras*. Córdoba: Se.A.P.

Santibáñez, E. y Cárcamo, M.E. (1993). Manual Para la Sistematización de Proyectos Educativos de Área Social. Santiago de Chile: Centro de Investigación y Desarrollo de la Educación.

Torres, A. (1996). La sistematización como investigación interpretativa crítica: entre la teoría y la práctica. Santiago de Chile: Centro de Investigación y Desarrollo de la Educación.